

Catecismo 2514 - 2515 Noveno Mandamiento No consentirás pensamientos ni deseos impuros

7-08-2009

Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Este mandamiento está muy relacionado con el sexto. El sexto es un mandamiento de obra: no cometerás actos impuros, y este noveno es de pensamiento y de deseo. De igual manera que también están relacionados el séptimo y el décimo mandamiento: no robaras y no codiciaras.

El catecismo introduce este noveno mandamiento con dos textos de la biblia:

(Ex 20, 17).«No codiciarás la casa de tu prójimo, ni codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo»

(Mt 5, 28).«El que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón»

La formulación del éxodo no coincide con la formulación catequética que a nosotros se nos ha enseñado de pequeños.

Los mandamientos vienen en el capítulo 20 del Éxodo, pero también está el decálogo en Deuteronomio 5, con algunas diferencias. Pero sobre todo, la Iglesia ha querido, en su misión pedagógica y catequética, formular los mandamientos de tal manera que sean fáciles de comprender y de memorizar, también por ordenar los contenidos con una visión catequética y sean fácilmente transmisibles.

Tal y como se enuncia en el Éxodo el mandamiento, la Iglesia la ha distinguido entre el noveno mandamiento y el décimo mandamiento: no consentirás pensamientos impuros: noveno; no codiciaras: decimo.

Otra cosa más:

Estamos en un mandamiento, que a diferencia de otros, la moralidad también implica la persona entera, y nosotros podemos pecar contra Dios como decimos: "**de pensamiento, palabra, obra y omisión**".

El hecho de que se especifique en estas cuatro formas de faltar a Dios, da a entender que tenemos una moralidad que *implica al hombre entero*. No se trata de guardar las apariencias, sino que es el hombre entero el que siga a Dios.

Algunos han querido hacer una caricatura de esto de "pecar de pensamiento palabra obra u omisión", como si fuese una "moralidad represiva": ... no puedes ni pensar.

Lo cierto es que es exactamente todo lo contrario:

La moralidad represora sería aquella que se está limitando a controlar los actos externos, sin que eso se conjugue con el hombre interior; en una moralidad de "apariencias" donde uno tiene que contenerse de no obrar de una determinada forma, aunque luego en su mundo interior las cosas son totalmente distintas.

Mientras que el ideal cristiano es el de un hombre íntegro, unificado, donde no se está reprimiendo los actos, sino que más bien **los actos son expresión de la bondad del corazón**.

Es muy importante el pensamiento y el deseo, porque del interior del hombre brotan los actos:

"No es lo que entra por la boca lo que hace impuro al hombre, sino que lo que hace impuro al hombre es lo que sale del corazón".

Por ejemplo: sabemos que en un matrimonio no basta con que el marido sea fiel a su mujer, para que ese matrimonio sea feliz, es importante que ese marido tenga su corazón y su pensamiento puesto en su mujer. No se trata de impedir una serie de actos escandalosos, sino que su pensamiento y su corazón esté enamorado.

Este mandamiento noveno es una manifestación muy clara de que la moralidad de Jesucristo, sobre todo, lo que pretende es hacer "**al hombre bueno**". Que tengamos un corazón bueno y del corazón bueno brotan las obras buenas.

El que tiene un corazón bueno – a imagen del de Jesucristo- "*piensa bien, desea bien, actúa bien, habla bien*".

Nos podría parecer que dentro de estas formas de obrar bien u obrar mal en pensamientos, palabra u omisión, puede parecer que lo importante es la obra, luego la palabra, luego la omisión y al final el pensamiento.

Pero puede ser que las cosas sean al revés de cómo lo vemos nosotros.

En un orden de prioridades, es posible que el pensamiento y el deseo sean lo más determinante para la palabra y para las obras.

Podemos pensar que los pecados de obra sean los más graves, porque es cuando ya se ha consumado el grado de maldad del hombre, pero el pecado de violencia nació y fue gestado en el pensamiento y en el deseo. Es en nuestro mundo interior donde se están gestando todas nuestras obras.

En el contexto de Mateo

Mt 5, 28).«**El que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón**»

En el sermón de la Montaña, se dice: "*se os ha dicho... pero Yo os digo*"

Es una moralidad que no se circunscribe a un ritualismo ni en base a una casuística, sino que es una moralidad que nace de la transformación interior, que brota de la Gracia de Dios, por el encuentro personal con Jesucristo. Esta es la novedad de la moral cristiana.

Punto 2514:

San Juan distingue tres especies de codicia o concupiscencia: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida (cf 1 Jn 2, 16 [Vulgata]). Siguiendo la tradición catequética católica, el noveno mandamiento prohíbe la concupiscencia de la carne; el décimo prohíbe la codicia del bien ajeno.

1 Juan 2, 16:

- 15 *No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él.*
- 16 *Puesto que todo lo que hay en el mundo - la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas - no viene del Padre, sino del mundo.*

Se nos remite al punto 377:

El "dominio" del mundo que Dios había concedido al hombre desde el comienzo, se realizaba ante todo dentro del hombre mismo como dominio de sí. El hombre estaba íntegro y ordenado en todo su ser por estar libre de la triple concupiscencia (cf. 1 Jn 2,16), que lo somete a los placeres de los sentidos, a la apetencia de los bienes terrenos y a la afirmación de sí contra los imperativos de la razón.

El contexto de este punto que hemos leído se está hablando de como el hombre, antes del pecado original tenía una integridad y un dominio de sí que fue fracturado por el pecado original que se manifiesta en esta triple concupiscencia:

- La concupiscencia de los ojos: los placeres de los sentidos:** La tendencia que tenemos a buscar el placer y la comodidad; es el placer por encima de la voluntad y por encima de la razón.
- La concupiscencia de los ojos: La atracción hacia los bienes creados:** La tendencia a poseer irracionalmente, más allá de lo que es bueno para mí.
- La afirmación irracional de sí mismo: la soberbia:** Querer quedar siempre por encima de los demás. Que tengamos esta tendencia en sí mismo no es pecado, pero si denota que es consecuencia del pecado original

ES la concupiscencia de los ojos, es la que se refiere en este noveno mandamiento: *no consentirás pensamientos ni deseos impuros.*

La concupiscencia de los ojos se integra en el décimo mandamiento.

Y la afirmación irracional de sí mismo o soberbia, se podría aplicar a todos los mandamientos pero especialmente al primer mandamiento.

Punto 2515:

En sentido etimológico, la "concupiscencia" puede designar toda forma vehemente de deseo humano. La teología cristiana le ha dado el sentido particular de un movimiento del apetito sensible que contraría la obra de la razón humana. El apóstol san Pablo la identifica con la lucha que la "carne" sostiene contra el "espíritu" (cf *Ga* 5, 16.17.24; *Ef* 2, 3). Procede de la desobediencia del primer pecado (*Gn* 3, 11). Desordena las facultades morales del hombre y, sin ser una falta en sí misma, le inclina a cometer pecados (cf Concilio de Trento: DS 1515).

Es bueno "desear", es más, un hombre no puede vivir sin deseos. Si no se desea nada no hay esperanzas. El ideal cristiano, no es como el de una antropología de estilo oriental, donde el "hombre feliz" es el que no tiene deseos.

Pero cuando los "deseos vehementes" son fáciles de que estén mal conducidos. Es fácil que esos deseos no estén conducidos por la razón, sino de estar desbocados.

La vehemencia no está sometida a la razón, nosotros pensamos que es la razón, dentro de una forma equilibrada y madura de ir creciendo en nuestra vida, la que **debe de tener la capacidad de iluminar la voluntad, y la voluntad es la que tiene la capacidad de conducir nuestros deseos y nuestras concupiscencias.**

Uno de los grandes males de nuestra cultura es que suele llamar "espontaneidad" a "dejarse arrastrar por la concupiscencia". Fácilmente llamamos libertad a lo que realmente es una esclavitud.

Es que esta la opción de conducir las propias pasiones o es arrastrado por ellas: **o es libre o es esclavo...** no hay punto intermedio.

Ante este hay una lucha interior en nosotros. Es ingenuo el planteamiento de una pedagogía y una vida espiritual donde se esté obviando o silenciando, incluso negando, esta batalla interior.

Si queremos que sea la razón y la voluntad las que gobiernen nuestra vida, va a haber esta batalla; porque en este mundo interior están esos "deseos vehementes", esa concupiscencia que no se someten a la razón.

Se nos remite al punto 405:

Aunque propio de cada uno (cf. *ibíd.*, DS 1513), el pecado original no tiene, en ningún descendiente de Adán, un carácter de falta personal. Es la privación de la santidad y de la justicia originales, pero la naturaleza humana no está totalmente corrompida: está herida en sus propias fuerzas naturales, sometida a la ignorancia, al sufrimiento y al imperio de la muerte e inclinada al pecado (esta inclinación al mal es llamada "concupiscencia"). El Bautismo, dando la vida de la gracia de Cristo, borra el pecado original y devuelve el hombre a Dios, pero las consecuencias para la naturaleza, debilitada e inclinada al mal, persisten en el hombre y lo llaman al combate espiritual.

Si bien, el bautismo nos perdona el pecado original, pero no anula las consecuencias que el pecado original ha producido en nuestra naturaleza, que es precisamente la concupiscencia.

Dicho de otra forma: **Que el bautizado va tener las mismas tentaciones que tiene el no bautizado;** otra cosa es que este inhabitado por el Espíritu Santo.

En este punto 405, explica el y tipo de heridas que el pecado original nos ha infligido que se traducen en la concupiscencia y que tenemos que luchar y convivir con ellas en un "combate espiritual", para ir las sanando:

Está herida en sus propias fuerzas naturales, sometida a la ignorancia,

Nos tiende a confundirnos y que nos cueste más el pensar con clarividencia y rectitud. Cuando alguien está herido por el pecado, tiene dificultad de pensar con rectitud, es más fácil que se confunda, o que haga juicios equivocados.

También dice este punto que el "pecado original no ha corrompido totalmente nuestra naturaleza:

Es la privación de la santidad y de la justicia originales, pero la naturaleza humana no está totalmente corrompida.

La ha debilitado, la ha herido, por eso no es imposible pensar con rectitud.

En segundo lugar, han dejado a la naturaleza sometida:

Al sufrimiento y al imperio de la muerte e inclinada al pecado (esta inclinación al mal es llamada "concupiscencia").

Por eso es más grave el pecado de Adán y Eva, porque ellos pecaron sin haber tenido la concupiscencia que nosotros tenemos. El pecado de Adán y Eva, y más aún, el pecado de los ángeles, tenía un nivel de soberbia y de rebelión contra la voluntad de Dios.

En el plan primero de Dios no estaba el "**sufrimiento y la muerte**". Sin el pecado, el hombre estaría preservado del sufrimiento y de la muerte.

En el punto que estamos comentando nos remite a unos textos del apóstol San Pablo.

El identifica esta concupiscencia con la "**lucha que hay entre la carne y el espíritu**:"

Gálatas 5, 16 –17 .24. :

16 *Por mi parte os digo: Si vivís según el Espíritu, no daréis satisfacción a las apetencias de la carne.*

17 *Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí antagónicos, de forma que no hacéis lo que quisierais.*

24 *Pues los que son de Cristo Jesús, han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias*

Hay "toda una "tarea espiritual" que el Señor nos pide: *crucificar nuestra carne.*

Es posible que no suele bien en nuestra cultura; pero la **cruz debe de estar en todos los aspectos de nuestra vida: no hay nada sin cruz: tenemos que "cristificarnos"**, que no es otra cosa que hacer presente en nuestra vida la Cruz de Cristo.

Si no es así, el hombre no es libre: *de forma que no hacéis lo que quisierais.*

Efesios 2, 3:

- 1 *Y a vosotros que estabais muertos en vuestros delitos y pecados,*
- 2 *en los cuales vivisteis en otro tiempo según el proceder de este mundo, según el Príncipe del imperio del aire, el Espíritu que actúa en los rebeldes...*
- 3 *entre ellos vivíamos también todos nosotros en otro tiempo en medio de las concupiscencias de nuestra carne, siguiendo las apetencias de la carne y de los malos pensamientos, destinados por naturaleza, como los demás, a la Cólera...*

Esto lo dice San pablo de lo que era nuestra vida "**antes de haber sido rescatados por Cristo**".

Es que esta batalla la vamos a tener siempre en nuestra vida, va a terminar "un cuarto de hora después de haber muerto".

Es una batalla que se tiene de adolescente como adolescente, de joven como joven, de adulto como adulto....

Termina este punto diciendo que la concupiscencia:

Desordena las facultades morales del hombre y, sin ser una falta en sí misma, le inclina a cometer pecados.

Es por esto que a la concupiscencia solo se le puede vencer de una manera: obedeciendo: Si nació de una rebeldía contra la voluntad de Dios, va a ser con la obediencia a esa misma voluntad como venceremos en esa batalla interior.

En la sanación, en la mortificación de nuestras tendencias carnales. Saber decir que no a tantos deseos vehementes, que son irracionales....**El que no sabe decir que no a sus deseos y a sus apetitos, no será nunca libre.** Es el precio de la libertad: **la negación de nosotros mismos.**

Esto es tan básico como escandaloso en esta cultura – una cultura del capricho-.

Lo dejamos aquí.